

II

FALTA DE VISIÓN DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO
ANTE EL CAMBIO DE CICLO DE LA ECONOMÍA MUNDIAL

Carlos Berzosa

RESUMEN

La crisis de las finanzas capitalistas que se desató en 2007 supone el fin de un ciclo de acumulación capitalista. Hay una profunda crisis económica, pero también del paradigma que ha dominado en los últimos decenios. Otro tanto se puede decir sobre el enfoque que ha predominado en los problemas del desarrollo económico. El crecimiento económico de los últimos años en los países subdesarrollados y, sobre todo, en los emergentes, ha robustecido las posiciones del fundamentalismo de mercado y monetarista. Pero más allá de este modelo de crecimiento, otros problemas estructurales acechan como la destrucción del medio ambiente a consecuencia de este modelo desarrollista y la persistencia de tantas privaciones en la economía mundial. Hace falta, por tanto, replantearse una visión más amplia de la ciencia económica que sea capaz de analizar con una visión global la problemática del desarrollo económico tal como se produce.

Palabras clave: crisis económica, desarrollo económico, subdesarrollo, economía mundial, capitalismo.

THE LACK OF A VISION OF ECONOMIC THOUGHT IN LIGHT
OF THE CHANGING GLOBAL ECONOMIC CYCLE

ABSTRACT

The capitalist financial crisis that broke out in 2007 has implied an end to the cycle of capitalist accumulation. Both the economy and the dominant paradigm of the past decades are undergoing a severe crisis. Another topic of note is the prevalent approach to problems related to economic development. Recent economic growth in underdeveloped countries, and especially in emerging economies, has strengthened arguments for market and monetary fundamentalism. Beyond this model of growth, there are other structural problems, such as the environmental destruction resulting from this development model and the persistence of limited freedoms in the global economy. It is therefore time to return to a broader vision of economic science, capable of analyzing the problem of economic development with a more global and realistic perspective.

Key words: Economic crisis, economic development, under-development, global economy, capitalism.

FIN DE CICLO

La crisis de las finanzas capitalistas que se desata en 2007 supone el fin de un ciclo de acumulación capitalista. Habida cuenta de que existen diferentes tipologías del ciclo, cuyas características estudió Schumpeter y que bautizó con el nombre de los autores que las habían investigado, cabe preguntarse de qué final de ciclo se está hablando. En efecto, Schumpeter consideró que había tres tipos de ciclo según la duración: *a)* Ciclo de duración corta, dos o tres años, denominado de Kitchen. *b)* Ciclo de duración media de 8 a 10 años, llamado de Juglar. *c)* Ciclo de larga duración de 25 a 30 años denominado de Kondratieff.

A los que cabría añadir la contribución realizada por Arrighi en la que considera que la característica esencial del capitalismo es la afirmación efectuada por Braudel de su *longue durée*, es decir, a lo largo de toda su existencia, ha sido la “flexibilidad” y el “eclecticismo” del capital y no las formas concretas asumidas por este último en diferentes lugares y momentos (Arrighi, 1999: 17).

Según esto, pueden identificarse cuatro ciclos sistémicos de acumulación, cada uno de ellos definidos por una unidad fundamental de la agencia primaria y de la estructura de los procesos de acumulación de capital a escala mundial. Un ciclo genovés, que se extendió desde el siglo xv hasta principios del siglo xvii; un ciclo holandés, que duró desde finales del siglo xvi hasta finales del siglo xviii; un ciclo británico, que abarcó la segunda mitad del siglo xviii, todo el xix y los primeros años del siglo xx, y un ciclo americano, que comenzó a finales del xix y que ha continuado hasta la fase actual de expansión financiera. Como se desprende de esta aproximada periodización preliminar, los ciclos sistémicos de acumulación consecutivos se traslapan y aunque su duración se reduce progresivamente, todos ellos duran más de un siglo (Arrighi, 1999: 19).

Estos ciclos, según establece el propio Arrighi, son totalmente diferentes de los ciclos seculares (o ciclos logísticos de precios) y de los más reducidos ciclos de Kondratieff, a los cuales Braudel ha concedido tanta importancia. Los ciclos seculares presentan ciertas notables similitudes con los ciclos sistémicos. Pero ambos ciclos se hallan, sin embargo, absolutamente desincronizados entre sí.

Al plantear que se está al final de un ciclo, me refiero en este caso a un ciclo de Kondratieff, aunque Arrighi también haya analizado con gran acierto el final del ciclo sistémico, que se caracteriza por una fase de expansión financiera como sucedió al final de los otros tres ciclos. Estamos asistiendo seguramente al final de dos ciclos, que en este caso sí aparecen sincronizados. Sin embargo, el declive experimentado por la potencia mundial estadounidense desde la década de los setenta aún no ha sido resuelto con la aparición de otra potencia

hegemónica que alumbre el surgimiento de otro ciclo sistémico. Esto es lógico, pues los procesos de transición entre lo viejo que no acaba de morir y lo nuevo que no acaba de nacer suponen procesos de incertidumbre en los que no se encuentra determinado el futuro ni mucho menos.

Se acota el trabajo, por tanto, a un ciclo del tipo de Kondratieff, pues a mi modo de ver lo que está en cuestión es el mecanismo de acumulación de un periodo que se inició en la década de los años ochenta del siglo xx. Esta fase de acumulación es la respuesta a la crisis de los años setenta por parte del capital, en que se favorece un modelo económico neoliberal sustentado en el fundamentalismo de mercado, la globalización, el aumento de la desigualdad, y la desregulación. Se ataca al papel del Estado en la economía y se critica al keynesianismo que ha sido el aporte teórico fundamental del capitalismo de posguerra hasta los años setenta del siglo xx. Esta crisis es la entrada en barrena de este modelo que ha predominado en los últimos 30 años.

Se encuentra en crisis este modelo capitalista que se ha impuesto como dominante desde los años ochenta del siglo xx hasta ahora. Resulta evidente que tras esta crisis que se desencadena después de un periodo de euforia financiera, de especulación, de burbujas inmobiliarias; hay otra más profunda y que permanece, aunque hubiera una fase expansiva, como la de la crisis medioambiental, la de la energía, la seguridad alimentaria, la de la pobreza, el hambre y las graves desigualdades. Gran parte de la población mundial sufre grandes privaciones, mientras una pequeña parte vive en la opulencia, o sin llegar a tanto, por lo menos ha superado las grandes privaciones de otras épocas y goza de un bienestar material.

A estos grandes desafíos el capitalismo ha sido incapaz de darles respuestas, por eso se padece una crisis de un sistema, pero la surgida en estos últimos años es la de un modelo de desarrollo determinado. La crisis del sistema, así como el declive de la hegemonía norteamericana, permanecerán largo tiempo, mientras que la salida de la crisis actual se dará en un tiempo menor, aunque entre ambas se produzca una interdependencia. De modo que la crisis de las finanzas no es ajena al declive del capitalismo y de la hegemonía de los Estados Unidos y, a su vez, ésta agrava los problemas del propio sistema y es un achaque de un capitalismo senil que se encuentra enfermo, tiene achaques, pero que no está muerto.

En esta encrucijada ante la que estamos, resulta pertinente plantearse el estado del pensamiento económico actual. Las crisis cuando son profundas y de carácter estructural generan, por lo menos hasta ahora, cambios en el paradigma dominante. Las dos grandes crisis del siglo xx supusieron este cambio. La de los años treinta significó la aparición del keynesianismo y la de los años

setenta el final de este ideario y el triunfo de la reacción antikeynesiana: monetarismo, expectativas racionales, y economía de oferta.

LA FALTA DE VISIÓN DEL PENSAMIENTO ECONÓMICO

El pensamiento económico dominante ha sido incapaz de predecir la crisis actual, y tampoco está demostrando con sus recomendaciones capacidad para encontrar vías de salida al gran tropezón del capitalismo. Las razones hay que buscarlas en la pobreza teórica y limitada que tiene la economía académica y que se ha impuesto como hegemónica en los estudios e investigaciones recientes. Como señalan con acierto Heilbroner y Milber:

“No se ha encontrado ningún sucesor al consenso keynesiano. El monetarismo, las expectativas racionales, el neoclasicismo y la economía neokeynesiana, todos ellos han buscado proporcionar este nuevo punto de acuerdo intelectual, pero sin éxito. Por lo tanto, la característica particular más inmediatamente aparente de la época después del declive del keynesianismo es la disonancia y el desorden que han sobrepasado la unidad y estabilidad de la situación clásica precedente. Como hemos dicho al principio, no podemos hallar un periodo tal de prolongado desacuerdo en toda la historia del pensamiento económico” (Heilbroner y Milber, 1998: 122).

Este desacuerdo viene acompañado de una falta de ambición teórica, lo que es puesto de manifiesto por Luis Ángel Rojo cuando dice, en referencia al monetarismo:

“Resulta difícil precisar la posición teórica del nuevo monetarismo porque carece de una teoría monetaria propiamente dicha. Su actitud en general puede ser caracterizada por la hipótesis que atribuye a los impulsos monetarios un papel dominante en el estado de la demanda monetaria total de una economía; pero cualquier intento de mayor precisión se ve obstaculizado por la resistencia de los monetaristas a exponer una teoría completa que detalle las conexiones a través de las cuales ejerce el dinero tan decisiva importancia. Muchas de las afirmaciones peculiares del monetarismo están fundadas en trabajos empíricos de carácter estadístico o histórico más que en deducciones a partir de una estructura teórica bien especificada. A pesar del rigor de los trabajos metodológicos de Friedman, el monetarismo incurre, a menudo, en los males del empirismo” (Rojo, 1971: 22).

Por esto no es de extrañar que Ingham se ocupe de los teóricos que más valora: Adam Smith, Marx, Weber, Schumpeter y Keynes. A esta importante

lista de autores relevantes, para entender el funcionamiento del sistema yo añadiría a Ricardo y Kalecki. No deja de resultar llamativo, en todo caso, que no haya autores más modernos, pues como él mismo dice:

“el hecho de que mi lista de los teóricos del capitalismo termine con Keynes, que murió en 1946, podría interpretarse como reflejo de mi concepción obsoleta de las ciencias sociales y mis preocupaciones anticuadas. Al reflexionar sobre esta posible interpretación, he llegado a la escandalosa conclusión de que en la segunda mitad del siglo pasado ningún científico social ha añadido algo que sea *fundamentalmente* nuevo a nuestra comprensión del sistema económico capitalista” (Ingham, 2010: 10-11).

No le falta razón a Ingham ya que existe una carencia teórica fundamental desde Keynes y Kalecki que resulta realmente preocupante. La economía se ha empobrecido teóricamente y se ha sustituido por el empirismo o análisis muy parciales del sistema, dando paso a la especialización excesiva y a un creciente uso de las matemáticas, con el fin de hacer de la ciencia económica algo muy similar a las ciencias experimentales. Con ello lo que se ha logrado es que las matemáticas en lugar de ser un instrumento fundamental para los economistas se haya convertido en un fin y la economía en una rama de las matemáticas. La economía como pensamiento propio se desvirtúa, se hace excesivamente abstracta, y se desliga de la realidad.

Un ejemplo de esto lo tenemos en el caso de la visita que hizo la reina Isabel II de Inglaterra a la London School of Economics en noviembre de 2008. Esta información fue recogida en los medios de comunicación británicos y de otros países y también referenciada en obras como la de Petrini (2010), Tugores (2010) y Posner (2012), entre otras. En esta visita, preguntó al profesorado por qué nadie se dio cuenta de que el colapso crediticio estaba en camino. La respuesta se dio en carta dirigida a la reina el 22 de julio de 2009 y escrita por dos profesores de la London. La responsabilidad se atribuye a un fallo de la imaginación colectiva de muchas personas inteligentes, de este país y del extranjero, a la hora de entender los riesgos para el sistema en su conjunto. El 10 de agosto se envió otra carta a la reina en respuesta a su pregunta, esta vez firmada por diez economistas ingleses y australianos. Ésta critica a la anterior. Afirma que su análisis general es insuficiente pues no reconoce deficiencias en la formación o cultura de los propios economistas. En los últimos años, la economía se ha convertido prácticamente en una rama de las matemáticas aplicadas y se ha separado de los acontecimientos e instituciones del mundo real. Los estudios de economía se han vuelto demasiado limitados, en detrimento de cualquier visión sintética.

Todo esto coincide con lo que estábamos diciendo. Las críticas a las enseñanzas de la economía, tal como se imparten hoy en día en la mayor parte de las facultades del mundo, se han intensificado con la crisis. Un ejemplo de ello se puede encontrar en Stiglitz (2010) en su libro *Caída libre*; por lo que se refiere a las enseñanzas que se imparten en las escuelas de administración de empresas; resulta muy ilustrativo el pequeño pero sabroso libro de Florence Noiville (2011) *Soy economista y os pido disculpas*. En cualquier caso, conviene subrayar que la crítica a la deriva de las enseñanzas de la economía y al paradigma dominante venía siendo realizada por economistas críticos, en definitiva por los que nadan contra corriente, pero que no deja de ser una minoría en la profesión.

Hay que recordar, además, que en junio de 2000 un grupo de estudiantes de economía franceses publicó en Internet una denuncia. El documento formulaba dos acusaciones contra el actual modelo de enseñanza de la economía: a) la ausencia de realismo; b) el uso incontrolado y estéril de las matemáticas. El resultado era que la economía estaba corriendo el peligro de convertirse en una ciencia autista. Este movimiento de estudiantes franceses, que se extendió a otros países, no se limitaba a criticar el exceso de abstracción y formalización matemática, sino que denunciaba el dominio de la teoría neoclásica.

En Francia, esta denuncia dio lugar a un debate en revistas científicas, en la que participaron también profesores e investigadores. Bastantes de ellos compartían las inquietudes manifestadas por los estudiantes. Todo parecía indicar que esto tendría repercusiones y serviría para reflexionar acerca de la necesidad de llevar a cabo cambios que las enseñanzas de la economía requerían. Al poco tiempo, todos estos planteamientos se desvanecieron. La hegemonía del paradigma dominante en la academia es suficientemente fuerte para que se llegara a tambalear con estas propuestas, aunque surgieran algunas grietas.

En todo caso, esta polémica desencadenada por los estudiantes, insatisfechos sin duda con las enseñanzas recibidas, tan desligadas del funcionamiento del mundo real, se anticipó en siete años lo que vendría. Era un aviso. Otros economistas también denunciaron que la enseñanza de la economía no iba en la buena dirección. De haber hecho caso a estas críticas, las cosas hubieran podido resolverse en algo. Lo más preocupante, es que a pesar de que la crisis ha cuestionado un modelo de desarrollo neoliberal determinado, el paradigma dominante en la teoría económica y las enseñanzas actuales, no cambian como debería de ser. Se siguen recomendando las mismas recetas que trajeron la crisis, y las enseñanzas superiores de la economía siguen sin inmutarse ante lo que está sucediendo, como si no pasara nada a nuestro alrededor. La economía como ciencia oficial está siendo más autista que nunca.

LA CRISIS DEL KEYNESIANISMO

La *Teoría General* de Keynes fue una ruptura hasta cierto punto con el pensamiento dominante de la época. No fue el único, pues también lo llevaron a cabo Kalecki, los institucionalistas americanos discípulos de Veblen, economistas suecos como Myrdal. Se enfrentaron desde distintas posiciones a los que consideraban que la intervención del Estado no resolvía los problemas de la crisis, entre ellos Schumpeter y Chamberlain. Fue Keynes, sin embargo, el que se llevó la gloria al ser el más reconocido y el que estructuró más adecuadamente los aspectos teóricos.

La teoría keynesiana surgió como heterodoxa para convertirse pronto en ortodoxa. La síntesis neoclásica keynesiana contribuyó a ello, pero también al hecho de que sus teorías fueron la base para la realización de las políticas económicas de la posguerra. Los años posteriores a la Segunda Guerra mundial fueron de reconstrucción y crecimiento, apenas sin turbulencias económicas. Se consiguió un capitalismo en los países avanzados capaz de combinar el pleno empleo con un elevado crecimiento y con un desarrollo del Estado del bienestar. La aparente aceptable marcha del sistema contribuyó al asentamiento del keynesianismo.

La síntesis fue el modelo que se difundió por todas las universidades en las enseñanzas de la economía. Este modelo, que pretendía hacer compatible la teoría de Keynes con el pensamiento neoclásico, desvirtuaba los elementos revolucionarios que la *Teoría General* podía contener. Lo señalaba muy bien Minsky cuando escribía a mediados de los años setenta:

“En la actualidad, la opinión predominante entre los economistas profesionales tal vez sea que el modelo propuesto por Keynes es cuando mucho un caso especial interesante y tal vez esporádicamente pertinente y que, en general, Keynes no logró sustituir la antigua economía clásica con una nueva economía keynesiana” (Minsky, 1987: 15).

Más adelante señala con una gran pertinencia que:

“La posición adoptada en este libro consiste en que la evaluación de la *Teoría General* hecha por Keynes y sus contemporáneos —ejemplificada por Sweezy— calificándola de revolucionaria es correcta; la obra efectivamente contiene las semillas de una profunda revolución intelectual en la economía y en la visión que los economistas tienen de la sociedad. Sin embargo, esas semillas nunca fructificaron plenamente. La revolución científica en embrión abortó, cuando las ideas del libro

fueron interpretadas y analizadas por los académicos, para luego ser aplicadas por esos mismos académicos como guía de una política pública” (Minsky, 1987: 15).

Por tanto, la interpretación de la síntesis dio lugar a un keynesianismo bastardo, tal como lo caracterizó Joan Robinson. El pensamiento dominante fue, por varias razones, cuestionado desde diferentes posiciones teóricas. Una de ellas surgió de las propias filas del keynesianismo, como es el caso de los llamados poskeynesianos, una corriente que se desarrolló principalmente en los años sesenta del siglo xx y que pretendía recuperar las esencias de la teoría de Keynes. La principal es la que pone el acento en los elementos revolucionarios de la teoría y su incompatibilidad con la economía neoclásica. La síntesis es imposible. Otra es recuperar, frente a un modelo de equilibrio, la idea principal de Keynes de que el capitalismo es un sistema inestable. Una buena síntesis sobre lo que esta corriente significa se encuentra en Marc Lavoie (2005) en *La economía poskeynesiana*. Hay bastantes más contribuciones, pero ésta es de las más completas.

En todo ello resulta muy interesante la contribución de Minsky, que se centra primordialmente en la inestabilidad que se deriva del sistema financiero. Este autor, fallecido hace unos años y que se encontraba prácticamente olvidado, ha sido revitalizado con motivo de la Gran Recesión y ahora es citado no solamente por los poskeynesianos, sino por casi todos los autores que analizan las causas de la crisis. Resulta muy revelador a este respecto lo que dice Krugman (2000) sobre este autor al que no conocía, según reconoce en su libro *Acabad ya con esta crisis*.

A su vez Akerloff y Schiller (2009) recuperan, siguiendo también a Minsky, la idea de los *Animal Spirits*, en un libro reciente con este mismo título. La crisis hace volver la vista hacia Keynes y poskeynesianos. Keynes otra vez aparece como un heterodoxo, frente a la economía neoliberal y fundamentalista de mercado que ha predominado en los círculos académicos y en las políticas económicas desde los años ochenta del pasado siglo. Hasta los keynesianos de la síntesis aparecen como tales.

Los teóricos monetaristas y fundamentalistas de mercado han ido demasiado lejos en la confianza depositada en la teoría cuantitativa del dinero y en la eficiencia de los mercados. Han olvidado las enseñanzas de la historia, aunque estos autores las experiencias históricas también las interpretaron a su modo, y se aprovecharon de la crisis de los años setenta para imponer sus ideas frente a la crisis de la economía real y del keynesianismo incapaz de resolver los problemas surgidos en aquellos años. No era, sin embargo, la crisis de la teoría de Keynes globalmente considerada, sino de la síntesis; un modelo de interpretación de Keynes muy particular y que funcionó mientras el sistema lo hizo,

pero dejó de ser eficaz cuando se desencadenó una crisis de la envergadura que tuvo la de los años setenta.

En los tiempos actuales, tal como han ido las cosas, se mitifica de algún modo el modelo keynesiano, incluso el de la síntesis, y la existencia de un capitalismo regulado. No obstante, no era oro todo lo que relucía. El capitalismo de posguerra había logrado avances económicos y sociales, pero la desigualdad, aunque atenuada seguía existiendo, y el pleno empleo se conseguía debido a que la participación de la mujer en el trabajo retribuido era mucho menor que la del hombre. A su vez, se producía la explotación colonial y la derivada del imperialismo. Los países ricos crecían en parte a expensas de los pobres. Estados Unidos se encontraba favorecido por la expansión del gasto militar y el orden internacional surgido en este periodo.

Las insuficiencias de este desarrollo del capitalismo avanzado y del modelo teórico predominante va a determinar el surgimiento de teorías discrepantes y alternativas de interpretación. Así, en la década de los años sesenta surgieron con fuerza, aparte de la corriente poskeynesiana, las contribuciones institucionalistas, estructuralistas, la economía radical al tiempo que se producía una revitalización del marxismo. La disconformidad con la ciencia económica oficial va a ser la tónica dominante. El keynesianismo no va a ser solamente atacado por el monetarismo de Friedman, desde la derecha más conservadora, sino por las corrientes más críticas del sistema.

A finales de los años sesenta, junto con estas contribuciones teóricas, tendrán lugar movimientos estudiantiles, obreros y de contestación a la guerra de Vietnam, realmente fuertes y poderosos, que alimentarán las posiciones críticas y heterodoxas en la economía, que se convierten en el apoyo teórico de las formas diversas de protesta. No deja de llamar la atención que cuando el capitalismo de posguerra estaba en un ciclo expansivo surgieron tantas movilizaciones de protesta y desarrollos críticos del paradigma dominante en la economía. En esos momentos, sin embargo, el ciclo estaba dando las bocanadas de agotamiento; aún se daba el pleno empleo y se había producido una mejora del bienestar material, incluso para las clases trabajadoras y las más desfavorecidas, a la vez se avanzaba en las reivindicaciones de la igualdad en derechos y oportunidades como de género, entre otros.

El ciclo del crecimiento de posguerra estaba llegando a su fin y con ello el paradigma que le había servido de soporte. La salida de la crisis de los años setenta no supuso el triunfo de las contribuciones económicas heterodoxas, sino al contrario, el de las posiciones neoliberales. De aquellos barros vienen estos lodos. El paradigma keynesiano con todas sus insuficiencias y limitaciones fue sustituido por el fundamentalismo de mercado, que adolecía, como ya

hemos mencionado, de graves carencias teóricas, pero que iba a contribuir a la implantación progresiva de un modelo de desarrollo diferente, dentro de un orden, al que se había conocido en los años de auge económico.

LA VISIÓN EN LA ECONOMÍA DEL DESARROLLO

Otro tanto se puede decir en relación con la economía del desarrollo. Esta rama de la ciencia económica surgió a finales de los años cuarenta del siglo xx y tuvo un auge en las dos décadas siguientes. Su objeto principal era el estudio de las economías subdesarrolladas y la búsqueda de las razones por las que se habían quedado atrasadas, en relación con las que constituían el bloque de los países avanzados.

Esta disciplina se distanciaba de los modelos de crecimiento económico, que también tuvieron su mayor desarrollo en estas décadas, en que no eran contribuciones tan abstractas, en la medida que analizaban las realidades concretas de estos países. Las condiciones económicas de estos países son las que les habían impedido iniciar el sendero hacia el desarrollo, o bien una vez iniciado quedaba truncado, o bien caminaban muy lentamente por él, de forma que la distancia con el mundo del desarrollo se hacía cada vez mayor. El estudio de la naturaleza de esos países es lo que constituía el objetivo de su análisis. Los condicionantes que padecían los países insuficientemente desarrollados venían acompañados de proposiciones para salir del subdesarrollo.

La economía del desarrollo, con sus propias especificaciones, estaba influida por el paradigma keynesiano de la síntesis. Los enfoques de los diferentes autores, que diferían entre sí, tenían, sin embargo, un denominador común: la modernización de las economías atrasadas. Esta modernización se identificaba con la industrialización y había que introducir mecanismos en estas economías que rompieran las estructuras tradicionales, de forma que se fueran implantando las propias de las economías que se encontraban a la cabeza de la economía mundial.

La industrialización se convertía en el eje principal de las políticas del desarrollo. Esta industrialización se tenía que sustentar en la intervención del Estado, la planificación indicativa y el proteccionismo de las economías, en las que se defendía la pervivencia del capitalismo y de la economía de mercado. Se inició así el camino de la industrialización sustitutiva de importaciones. Estas políticas económicas sustentadas en estas contribuciones teóricas dieron sus frutos, pero también generaron muchas inestabilidades macroeconómicas y elevadas desigualdades, sobre todo en los países de Latinoamérica que se encontraban en la avanzada de este proceso de modernización capitalista.

La insatisfacción social también tuvo su reflejo en el plano teórico. Se desarrolló entonces el enfoque histórico estructural por economistas latinoamericanos, siendo un pionero en este planteamiento Celso Furtado. Este economista brasileño superaba con su enfoque global a los iniciales planteamientos de Prebisch y Singer, que se centraron en el análisis del deterioro de la relación real de intercambio. A su vez, todo el desarrollo histórico y analítico que realiza supera a los de Nurkse (círculos viciosos de la pobreza), Lewis (economía dual) y Hirschman. Más adelante, en los años sesenta del siglo pasado, economistas de la CEPAL y seguidores de este enfoque elaboraron la teoría de la dependencia como explicación de las causas del subdesarrollo. Esta teoría fue tan influyente en los círculos latinoamericanos que el propio Celso Furtado (1979), que había sentado las semillas para este enfoque, se convirtió a estos postulados, tal como explica en su libro *Creatividad y dependencia*.

Desde otra perspectiva diferente, basada más en la metodología marxista, también se desarrolló la teoría de la dependencia, que coincidirá en el tiempo con la contribución del estructuralismo. El pionero fue Baran y los discípulos principales fueron Gunder Frank, Theotonio dos Santos, y Samir Amin, por citar algunos de los más destacados. Se producen, entre los diferentes enfoques dependentistas, puntos de coincidencia en el análisis de las causas del subdesarrollo, pero también diferencias, así como en las proposiciones de salida. Un buen resumen de las distintas teorías de la dependencia se encuentra en Gabriel Palma (1987).

Las corrientes de la dependencia tuvieron un fuerte impacto en el mundo académico, pero no dejaban de ser líneas heterodoxas. Al igual que sucedió con el paradigma de la economía, la economía del desarrollo y los distintos enfoques de la dependencia sufrieron un declive en los años ochenta, cuando se impuso la teoría económica neoliberal. Hirschman ha explicado las razones del ocaso de la economía del desarrollo. Según este autor la economía del desarrollo quedó atrapada entre dos fuegos, por una parte desde el lado conservador, la economía sustentada en la monoeconomía, por otra parte, desde posiciones más radicales como los análisis del neomarxismo. Al igual que sucedió en el paradigma de la economía, la visión del estudio de las economías menos desarrolladas quedó atrapada por esta posición teórica.

El paradigma neoliberal pretende eliminar a la economía del desarrollo, y no digamos a los enfoques de la dependencia, por lo que se propone que las recomendaciones de política económica que se hagan a estas economías se basen en la microeconomía y la macroeconomía neoclásica. Todo ello se recoge en el Consenso de Washington. La misma receta para todas las economías sin tener en cuenta las particularidades propias. No hay que tener en cuenta ni

la historia ni la naturaleza de las instituciones y estructuras de las diferentes economías ni las relaciones con el exterior.

El Consenso de Washington ha sido criticado desde diferentes posiciones teóricas heterodoxas y otras surgidas de los Informes de Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). También de economistas vinculados a la economía convencional, como es el caso de Stiglitz, Krugman y Rodrik. Esta corriente crítica con la ortodoxia, sin embargo, no rompe amarras con la economía sustentada en la síntesis neoclásica keynesiana. De todos modos, el hecho de que autores que tienen un gran reconocimiento académico, dos de ellos de los mencionados premios Nobel, resulta muy importante en los momentos en que el dominio del fundamentalismo de mercado es tan abrumador. Sus análisis, por otra parte, son brillantes, agudos y expuestos con gran rigor argumental, aunque tengan sus propias limitaciones, impuestas por sus concepciones teóricas.

En este sentido, resulta muy significativa la postura de Rodrik cuando plantea la posición teórica de la que parte:

“En primer lugar; este libro se fundamenta estrictamente en el análisis económico neoclásico. En el epicentro de la economía neoclásica se encuentra la siguiente predisposición metodológica: los fenómenos sociales pueden entenderse mejor si se ven como una acumulación de las conductas decididas de los individuos —en sus papeles de consumidor, productor, inversionista, político, etcétera— que interactúan entre sí y actúan bajo las restricciones que su entorno impone. Esto lo considero no sólo una poderosa disciplina con la cual organizar nuestros pensamientos en cuanto a los asuntos económicos, sino la única manera sensata de verlos. Si suelo alejarme del consenso al que han llegado los economistas ‘convencionales’ en cuestiones de política de desarrollo, esto tiene menos que ver con los diferentes modos de análisis que con las distintas interpretaciones de la evidencia y las diferentes evaluaciones de la ‘economía política’ de los países en vías de desarrollo” (Rodrik, 2011: 18).

La idea tan favorable que mantiene Rodrik sobre las virtudes de la economía neoclásica es la que le mutila precisamente para entender los fenómenos sociales. Entre las propiedades positivas que puede tener la economía neoclásica no se encuentra, a mi modo de ver, la comprensión de la dinámica social. Ésta es muy compleja y para adentrarse en ella es necesario estar familiarizado con Marx, Weber, el institucionalismo de Veblen y el estructuralismo latinoamericano, principalmente.

En los últimos tiempos, frente a la ortodoxia reinante, se ha ido imponiendo por un grupo de economistas la idea de que el desarrollo económico debe

ser estudiado bajo el prisma del acierto de las políticas económicas realizadas, o bien el fracaso derivado de las malas políticas llevadas a cabo. Esto, a su vez, es complementado, por lo general, con la bondad o maldad del funcionamiento de las instituciones económicas y políticas. Sin desdeñar estos análisis que tienen grandes aciertos que ayudan, sin lugar a dudas, al entendimiento del complejo fenómeno del desarrollo y sobre todo lo acaecido en los últimos años, no cabe duda, sin embargo, de que tienen sus propias restricciones. Un ejemplo de estudios de este tipo es el de Acemoglu y Robinson (2012) en *Por qué fracasan los países*.

Estas restricciones vienen dadas porque apenas se preguntan el porqué se da el buen funcionamiento de las instituciones que permiten el despegue hacia el desarrollo, mientras que por el contrario otros países no consiguen su aparente éxito, derivado de unas malas instituciones. En definitiva, lo que se oculta es el proceso histórico que ha conformado unas estructuras económicas y sociales determinadas. Las relaciones entre las clases sociales y la existencia de la explotación, así como la situación de dependencia y subordinación que se sufre a escala mundial. En muchos casos, las malas instituciones son resultado de esas estructuras económicas, que a su vez contribuyen a perpetuar el orden existente.

Estos enfoques mutilados, sin embargo, hay que tenerlos en cuenta y son más enriquecedores de los que se han impuesto en la ciencia económica oficial. A su vez, estas contribuciones sirven para suplir deficiencias que padecían las diferentes teorías de la dependencia. La incorporación del análisis de Sen a la comprensión del desarrollo también es de gran utilidad. No obstante, no hay que dejar en el desván de los trastos viejos enfoques como los de Celso Furtado y los de la teoría de la dependencia.

En suma, no se debe olvidar que se asiste al surgimiento de un revisionismo en la ciencia económica, tal como expone Fontana en referencia al continente africano, que es el que padece en mayor medida el subdesarrollo:

“Como escribía poco antes de morir Edward Said, estamos ante una oleada de revisionismo que reivindica el colonialismo como una fuerza civilizadora y demoniza a los Nkrumah, Lumumba o Nasser como responsables de los males que sufren hoy los países. Lo cual no tiene nada de inocente, porque no se trata de una nueva moda académica, sino de una toma de posiciones políticas.

Estas interpretaciones, fundamentadas en una doble combinación de racismo y de ortodoxia económica neoliberal, han conducido a que se atribuya la crisis de estas sociedades a las culpas de los propios africanos” (Fontana, 2011: 708).

Esto es generalizable a otras áreas o países en donde el subdesarrollo sigue perpetuándose y no tienen lugar despegues como los que se están dando en un número determinado de países.

En concreto, si es grave para la ciencia económica la falta de visión en las economías desarrolladas, esto resulta más grave en la economía del desarrollo. La economía convencional que estudia la situación de las economías que no han alcanzado los logros de los países más avanzados ha estrechado su enfoque, en relación con lo que fue la teoría económica del desarrollo, con lo que se incapacita para entender la dinámica económica y las causas del estancamiento. Las corrientes críticas, dentro de la economía académica oficial, con el paradigma dominante suponen un avance, pero también quedan prisioneras de ciertas limitaciones y restricciones.

CONSIDERACIONES FINALES

El análisis económico actual se caracteriza por la miseria de sus proposiciones teóricas, aunque se ha producido un avance significativo en el análisis empírico. Se ha progresado en la mejora de la información estadística, pero esto no viene acompañado de una mayor riqueza en las ideas que sirvan para interpretar el funcionamiento de la sociedad. En tiempos de bonanza las limitaciones de la teoría económica quedan ocultas por lo bien que aparentemente van las cosas, incluso se considera que la aceptable marcha de la economía es el resultado de la aplicación de unas políticas económicas correctas que tienen el sustento teórico del paradigma dominante.

No obstante, ese optimismo, que se deriva del crecimiento habido, oculta muchas cuestiones de relevancia, como es el tipo de crecimiento que se está produciendo, a quién beneficia ese crecimiento y en qué pilares se está basando. No tener esto en cuenta y, sobre todo, el hecho de que un modelo de desarrollo concreto lleve consigo las semillas de su propia destrucción, es lo que se encuentra detrás de la incapacidad que ha tenido la ciencia económica oficial para poder detectar los peligros que se estaban gestando y que son los que en definitiva han conducido a la crisis actual.

La economía académica tampoco es capaz de analizar con un grado de eficacia los numerosos problemas que se dan en la economía mundial, como la destrucción del medio ambiente, el cambio climático, la seguridad alimentaria, la pobreza y el hambre, entre otros de los muchos desafíos a los que se enfrenta la humanidad en el presente o se atisban en un futuro cercano.

El paradigma impuesto desde la década de los años ochenta del siglo xx supone un empobrecimiento teórico en relación con el keynesianismo, incluso la interpretación realizada por la síntesis. Este empobrecimiento también viene acompañado de un estrechamiento del objeto de la economía. Se plantea a la economía como una ciencia que debe pretender acercarse a los métodos usados por las ciencias experimentales y se desprende de todo componente social. Se considera que el estudio de fenómenos que no pertenecen a la economía “pura”, tal como se la entiende por parte del pensamiento dominante, son el objeto de otras ramas del saber como la sociología, la politología, la antropología, pero deben quedar fuera del campo de la economía.

Se establece como norma general que todo aquello que no es cuantificable no es científico, por lo que no hay que tenerlo en cuenta. Esto conduce a la excesiva formalización y el abuso en el uso de las matemáticas, que han llevado a la economía a un alejamiento de los problemas reales. El virtuosismo académico se impone sobre enfoques que abordan con mayor acierto el enfoque de los problemas reales. Todo lo que no se pueda formalizar o cuantificar debe de quedar fuera del objeto de la economía.

Se rechaza lo que denominan, con un tono despectivo, literatura económica, al no ir acompañados estos estudios de formulaciones de modelos econométricos. No se consideran lo acertado que pueden ser los planteamientos y el desarrollo argumentales que se hagan. El instrumental cuantitativo se asienta, para la corriente principal, en el modelo neoclásico que, a pesar de sus deficiencias y restricciones y las críticas que desde diferentes ángulos se le han realizado, sobrevive con modificaciones, eso sí, al paso del tiempo.

La economía necesita de las matemáticas, la estadística y la econometría para favorecer una mejor comprensión de la realidad que viene derivada, aunque no necesariamente, por contar con una mejor información. Por esto no se deben desdeñar, en ningún caso, los avances realizados en este terreno, pero todo este instrumental cuantitativo debe ser un medio y no convertirse en un fin. La economía no debe olvidarse que es una ciencia social, que no todos los factores son cuantificables, sino que también hay que tener en cuenta aspectos cualitativos.

La formulación teórica necesita de la abstracción y en este sentido resulta muy pertinente lo que pone de manifiesto Roncaglia:

“Un proceso de abstracción —en el sentido de una representación simplificada de realidades que de otro modo serían excesivamente complejas y multifacéticas— es inevitable en cualquier teoría. Pero debe tenerse siempre en cuenta la clase de abstracción que se adopta, y someterla repetidamente a un examen crítico, recordando que no es la única posible” (Roncaglia, 2006: 665).

Otro aspecto es que la división del trabajo intelectual ha conducido a la formación de campos especializados, en muchos casos separados entre sí y entre los que no tiene lugar una comunicación. El avance del conocimiento obliga en muchos casos a esta especialización, la cual tiene sus ventajas, pero no está exenta de riesgos. Como dice Roncaglia:

“En esencia, la división del trabajo en la investigación económica entre subcampos especializados facilita a menudo la aceptación acrítica de la corriente principal (*mainstream*) en cualquier campo económico específico” (Roncaglia, 2006: 664).

La aceptación acrítica de la corriente principal no viene dada solamente por esta división del trabajo, sino por un hecho que se encuentra estrechamente vinculado a esto y que resulta muy importante subrayar, y es que la carrera académica depende de ejercer la investigación sin plantearse reflexiones teóricas acerca de lo que se está haciendo. La necesidad de publicar en las revistas reconocidas para obtener méritos en la carrera profesional obliga a tener que asumir los enfoques dominantes y a realizar artículos llenos de fórmulas matemáticas y modelos econométricos, sin que los propios autores se planteen la utilidad social de lo que están haciendo.

Al poder académico le interesa esta masa acrítica de investigadores para lograr sus objetivos, y tiene a su alcance múltiples mecanismos para reproducir un esquema teórico y de trabajos empíricos determinados, aunque no sirvan para nada. Un ejemplo de ello se produce con la crisis económica actual, que no ha supuesto un cambio de paradigma ni que los muros de la ciencia económica se resquebrajaran.

No obstante, siempre ha habido pensadores que han nadado contra corriente y son cada vez más las voces que se alzan contra el imperio del paradigma del fundamentalismo de mercado ante el fracaso que ha tenido frente a la crisis. Se han levantado voces autorizadas contra la dirección que ha tomado la ciencia económica y se reivindican cambios en la enseñanza y la investigación económica.

La irrealidad en la que han caído la investigación y la enseñanza de la economía obliga a realizar un cambio de rumbo. Esta regeneración de la ciencia económica puede hacerse, aunque no sea nada fácil, porque a lo largo de la historia del pensamiento económico ha habido una gran riqueza de ideas que son aprovechables. He mantenido a lo largo de mi carrera docente y en diferentes artículos la misma idea que resalta Roncaglia, la historia del pensamiento económico es esencial para la comprensión de la economía, la cual constituye un aspecto central de las sociedades humanas. También, siguiendo la línea de este autor que comparto, la visión que ofrecen la gran mayoría de los manuales económicos, la de un consenso general sobre “verdades económi-

cas”, es –por lo menos en lo que se refiere a los fundamentos– falsa. El debate económico no sigue una trayectoria lineal, sino que más bien se parece a una madeja enredada.

Este autor propone la reconstrucción de la economía:

“Uno de los aspectos decisivos de la reconstrucción del enfoque clásico tiene que ver precisamente con la manera de unir elementos tan diversos como el análisis rraffiano de la relación entre precios relativos y distribución de la renta, y el análisis keynesiano del desempleo, y aun otros, como la teoría de la crisis financiera de Minsky o la teoría del oligopolio de Sylos Labini” (Roncaglia, 2006: 669).

A esto le añado la contribución de Marx, en el caso de que no esté considerado dentro del pensamiento clásico, sobre todo en aquellos análisis que, como el propio Labini señala, han demostrado su vigencia en el desarrollo del capitalismo: concentración y centralización del capital, el desarrollo cíclico de la economía capitalista y el papel del dinero y el sistema financiero.

A todo esto habría que añadir la importancia de la historia económica, la contribución del institucionalismo de Veblen y el enfoque estructuralista de los autores latinoamericanos, básicamente de Celso Furtado y Sunkel y Paz, así como el desarrollado por Sampedro en España, coincidente en muchos aspectos con el formulado por la escuela latinoamericana. La contribución de Sen debe tenerse en consideración, sobre todo su propuesta de que el desarrollo debe ser contemplado como el proceso de expansión de las libertades reales de que las personas puedan disfrutar.

Hay que resaltar, como dice Stiglitz, que: “El mercado de las ideas no es más perfecto que el mercado de los productos, del capital y de la mano de obra. Las mejores ideas no siempre prevalecen, al menos a corto plazo” (Stiglitz, 2010: 319). Así ha sido en los últimos tiempos, lo que hay que esperar es que las buenas ideas consigan desplazar a las malas para que su posible aplicación conduzca a una economía más equitativa y sostenible.

La crisis ha puesto de manifiesto no sólo las insuficiencias del modelo económico dominante sino también de la propia sociedad. Se alzan voces contra ello, lo hace el propio Stiglitz (2010) cuando lo plantea en un capítulo de su libro mencionado “hacia otra sociedad”. Otros autores también hacen sus críticas sobre el modelo actual sin que ello les lleve a cuestionar el capitalismo. Es el caso de Posner:

“Analiqué la crisis por primera vez en mi libro *A Failure of Capitalism: The Crisis of 08 and the Descent into Depression (2009)*, que abarca hasta el 2 de febrero de 2009. El título inquietó a algunos lectores, que pensaban que lo que yo decía era

que el capitalismo nos ha fallado y que necesitamos algo diferente. Esa no era mi intención. Creo en el capitalismo. Pero capitalismo no es sinónimo de mercados libres” (Posner, 2012: 9).

Otro tanto señala Chang cuando sale al paso acerca del título de su libro:

“Con todo, este libro no es un manifiesto anticapitalista. No es lo mismo ser crítico con la ideología de libre mercado que estar contra el capitalismo. A pesar de sus problemas y limitaciones, creo que sigue siendo el mejor sistema económico inventado por la humanidad. Mis críticas van contra una versión concreta del capitalismo que lleva tres décadas dominando el mundo. El de libre mercado. No es la única forma de aplicar el capitalismo ni el mejor en absoluto, como indica lo sucedido en las tres últimas décadas. El libro muestra que hay maneras de mejorar el capitalismo, y que habría que ponerlas en práctica” (Chang, 2012: 21).

La crisis económica actual ha dado lugar a mucha literatura para interpretarla pues ha supuesto el final de un ciclo económico. Para una comprensión de las crisis financieras que se encuentran en el ojo del huracán, son importantes los numerosos trabajos de Alicia Girón y Eugenia Correa (2010) de quienes mencionaré aquí el libro *Banca Pública, crisis financiera y desarrollo*.

El dilema, por tanto, al que nos enfrentamos es si puede haber otras formas de capitalismo en la actualidad, pues las tendencias presentes no van por ese camino, sino por el que se ha seguido en los últimos años. A su vez, no hay alternativas inmediatas al capitalismo, lo que hace complejo el futuro más cercano. Algunas reflexiones sobre ello se pueden encontrar en el libro *La inflación (al alcance de los Ministros)* escrito conjuntamente por Sampedro y Berzosa (2012).

De todas maneras, a los creyentes en el libre mercado hay que recordarles los términos en los que se expresa Linder al final de su importante obra *El ascenso del sector público*:

“Si los Estados de bienestar con altos presupuestos han logrado en gran medida el mismo crecimiento con mayor igualdad, ¿por qué los países con menos gasto no han engrosado sus filas? Una respuesta breve es ‘por la historia y la ideología’. Encuestas recientes confirman lo que ya hemos sabido durante mucho tiempo. Los cursos históricos separados seguidos por los países del mundo de habla inglesa y por Suiza han conformado una ideología política que seguirá firmemente opuesta a un estado de bienestar universalista durante el futuro previsible. Las claves para responder a la interrogante del *free lunch* sirven para explicar la razón de que lo

contrario también sea verdad: no hay ninguna razón económica abrumadora para esperar algún importante abandono del Estado de bienestar” (Linder, 2011: 391).

Lo cierto es que hay experiencias exitosas como la de los países nórdicos europeos que mantienen un avanzado Estado de bienestar, pero esto no es lo que domina a escala global con el predominio político e ideológico de Estados Unidos y de las ideas defensoras del libre mercado. El capital financiero se ha convertido en hegemónico y es el que rige las relaciones capitalistas de hoy sobre el capital productivo. Ha sido el gran responsable de la crisis que se sufre, pero es el gran impedimento para el cambio. Las posibilidades que tiene el capitalismo para reformarse en una dirección en la que sea posible la convivencia de la eficiencia económica con un grado de cohesión social es el gran reto. No hay señales de que esto sea así, lo que no quiere decir que lo pueda ser más adelante.

En suma, estamos en un mundo en crisis y sin salidas claras que puedan ser alternativas al sistema, pero tampoco de reformas dentro del sistema. La crisis afecta al pensamiento económico y sobre todo al paradigma dominante. Hay que combatir las ideas erróneas y hacer proposiciones para que otra ciencia económica sea posible, al igual que el mundo tan injusto en el que vivimos.

BIBLIOGRAFÍA

- Acemoglu, D. y J. Robinson, *Por qué fracasan los países*, Deusto, Barcelona, 2012.
- Akerlof, G. y R. Shiller, *Animal Spirit*, Gestión, Barcelona, 2009.
- Arrighi, G., *El largo siglo XX*, Akal, Madrid, 1999.
- Berzosa, C. y J. Sampedro, *La inflación (al alcance de los Ministros)*, Debate, Barcelona, 2012.
- Chang, H., *23 cosas que no te cuentan sobre el capitalismo*, Debate, Barcelona, 2012.
- Correa, E., A. Girón, y P. Rodríguez, *Banca Pública, crisis financiera y desarrollo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México e Instituto de Investigaciones Económicas, 2010.
- Fontana, J., *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, Pasado&presente, Barcelona, 2011.
- Furtado, C., *Creatividad y dependencia*, Siglo XXI, México, 1979.
- Heilbroner, R. y W. Milberg, *La crisis de visión en el pensamiento económico*, Paidós, Barcelona, 1998.

- Hirschman, A., "Auge y ocaso de la teoría económica del desarrollo", en *El Trimestre Económico*, núm. 188, octubre-diciembre, Fondo de Cultura Económica, México, 1980.
- Ingham, G., *Capitalismo*, Alianza Editorial, Madrid, 2010.
- Krugman, P., *El retorno de la economía de la depresión*, Crítica, Barcelona, 2000.
- _____, *¡Acabad ya con esta crisis!*, Crítica, Barcelona, 2012.
- Lavoie, M., *La economía poskeynesiana*, Icaria, Barcelona, 2005.
- Linder, P., *El ascenso del sector público*, Fondo de Cultura Económica, México, 2011.
- Minsky, H., *Las razones de Keynes*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- Noiville, F., *Soy economista y os pido disculpas*, Deusto, Barcelona, 2011.
- Palma, G., *La teoría de la dependencia: Una revaluación crítica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987.
- Petrini, R., *Proceso a los economistas*, Alianza Editorial, Madrid, 2010.
- Posner, R., *La crisis de la democracia*, Marcial Pons, Madrid, 2012.
- Rodrik, D., *Una economía muchas recetas*, Fondo de Cultura Económica, México, 2011.
- Rojo, L., *El nuevo monetarismo*, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1971.
- Roncaglia, A., *La riqueza de las ideas. Una historia del pensamiento económico*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2006.
- Schumpeter, J., *Ciclos económicos. Análisis teórico, histórico y estadístico del proceso capitalista*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 2002.
- Sen, A., *Desarrollo y libertad*, Planeta, Barcelona, 2000.
- Stiglitz, J., *El malestar en la globalización*, Taurus, Madrid, 2002.
- _____, *Caída libre*, Taurus, Madrid, 2010.
- Tugores, J., *Crisis: lecciones aprendidas...o no*, Marcial Pons, Madrid, 2010.